

Peste de Nápoles, 1656

En enero de 1656 se produjo una gran epidemia en Italia que afectó gravemente el Reino de Nápoles, donde se dice que murieron 300.000 personas, la mitad de ellos en la propia ciudad. Esta epidemia devastó la ciudad y su entorno en pocos meses, empobreciéndola considerablemente y dejando a sus habitantes en una situación muy desesperada que no superó hasta muchos años después.

La infección fue introducida por un soldado español que había llegado procedente de Cerdeña y fue ingresado en el hospital Annunziata. El Dr. Giuseppe Bozzutto dio la voz de alarma al diagnosticar los síntomas. Pero esto no gustó al Virrey español Conde de Castrillo, gobernador del Reino, que llegó a encarcelar al médico por alarmar sin motivo a la población. La peste, sin embargo, se extendió rápidamente, y cuando en el mes de mayo los muertos se apilaban por las calles y las provisiones escaseaban, el Virrey tuvo que admitir la existencia de la epidemia.

Entonces trató de imponer cierta disciplina, como la prohibición de abandonar las casas y ciudades. Pero pocos le hicieron caso y todos los que pudieron, oficiales públicos y miembros de la Corte napolitana, marcharon fuera para preservar sus vidas, quedando la ciudad sin ley y sin nadie que trabajara. A pesar de estas miserias, el Virrey se vio obligado a mandar dinero y soldados a Milán, otro Reino perteneciente a la corona española que había padecido recientemente una epidemia terrible y tenía problemas de guarnición.

A principios de agosto de 1656 morían unas 35.000 personas diarias. La población salió en procesión invocando a Gaetano di Thiene, San Cayetano, un santo italiano muerto en Nápoles en 1547, admirado por su dedicación a los pobres y como constructor de hospitales para “gente incurable”. Se asegura que a partir de la fecha de su aniversario de muerte, la peste, que había diezmando la población, entre la cual se encontraba una buena parte de los pintores que formaban su reconocida escuela pictórica, comenzó a retroceder¹. Nápoles necesitó 200 años para recuperar la población que tenía antes de producirse la fatal epidemia de peste.

Esta epidemia también afectó Génova, provocando 60.000 muertes, aproximadamente la mitad de la población. Poco después llegó el turno de Roma, donde “sólo” murieron 14.000 personas. La “benignidad” de este episodio romano se debió probablemente a las medidas tomadas por el Cardenal Gastaldi, cuyo trabajo, *Tractatus de avertenda et profliganda peste politicolegalis* (1684) es considerado uno de los más importantes sobre la materia de las cuarentenas.

Otras ciudades italianas gravemente afectadas en este mismo año fueron Bolonia (15.000 muertos, el 28% de la población), Cremona (17.000 muertos, el 46%), Florencia² (9.000 muertos, el 12%), Mantua (25.000 muertos, el 78%), (Padova (19.000 muertos, el 59%), Pistoia (1.200 muertos, el 15%) y Verona (33.000 muertos, el 61%).

¹ En Cava dei Tirreni, una población cercana a Nápoles, sigue celebrándose cada año la llamada *Festa di Montecastello*, para conmemorar el “prodigio” del cese la peste. El 25 de mayo de 1656, día de la Ascensión, Don Paolo Franco, un sacerdote de la localidad, movido por una inspiración divina, convocó a la población a una procesión reparadora hasta el monte Castello, situado a pocos kilómetros de distancia. Cuando llegaron a la cima, el cura bendijo Cava dei Tirreni con el *Santissimo Sacramento* y se dice que en aquel momento la peste cesó de forma milagrosa.

² En 1630, en Florencia, de una población total de 80.000 habitantes, unos 12.000 vivían de la caridad. Tras haber superado la epidemia del mismo año, el número de pobres aumentó hasta 30.000, incapaces de asegurarse el sustento mediante el trabajo.